



19 DE FEBRERO DE 2015
Museo Artium de Vitoria-Gasteiz

Discurso de Pello Salaburu
Catedrático de la UPV-EHU

Bake garaian inguruari begira / Miradas en tiempos de paz

Arratsalde on:

Mintzaldi honetan inguruari begiratu nahi diot. Uste dut oraingo garai hau, orain dela urte batzuk genuenarekin erkaturik, erruz aldatu dela. Orduan denok galdetzen genion gure buruari noiz utziko zion ETAk hiltzeari, noiz utziko zion jende arrunta mehatxatzeari, noiz hasiko ginen jaikitzen eta lanera hurbiltzen autoaren azpiak aztertzen ibili gabe, noiz hasiko ginen, azken batean, bizitza arrunta egiten, noiz hasiko ginen munduko edozein tokitan egiten denaren pareko bizitza egiten, noiz biziko genituen gure jaiak bazter bakoitzean hiltzaileen argazkiak gurtu gabe. Hori nahi genuen. Eta hori badugu orain. Hori, batzuen ustez, eta ni ere tartekoa naiz, bake garaia da. Ez da, jakina, guztiok nahi genukeen bakea, baina bakea da.

Ez diogu biztanle guztiok, ordea, berdin behatzen gai honi. Hurrengo hitzetan, kontu honi behatzeko modu desberdinez mintzatuko naiz. Ez dut esango buru bezainbat aburu ditugula, baina badut uste, hala ere, badiren gauzak ikusteko aski modu desberdinak. Honako sei hauek bereiziko ditut: bat, gizartearen begirada, ustez ez markatua; bi, biktimen begirada --edo begiradak, hobeki esan--; hiru, alde guztietan biktimak ikusten dituztenen behako zinikoa; lau, agintari batzuen ikusteko moldea; bost, egoeraren azterketa kritikoaren begirada; eta sei, kaltea egin, damutu, barkamena eskatu eta gure gizartearen egoerari behatzen dioten begirada. Begiratzeko molde horiek guztiak ditugu gure inguruan, eta horri buruzko hausnarketa labur bat egin nahi nuke ondoren.

Quizás a algunos resulte duro --o cuando menos difícil de asimilar--, admitir que vivimos en tiempos de paz. Durante demasiados años hemos estado amilanados bajo el imperio del terror, asustados porque algún vecino nuestro nos pudiera delatar o meternos directamente un tiro. Preocupados de que nos pudieran matar solo por el hecho de pensar de otro modo. Ese era el enorme delito de mucha gente. Aquí se ha asesinado--nos lo afirmaban ellos y también quienes de forma pública les apoyaban-- porque no estábamos en democracia. Eso es cierto, porque ellos mismos, cada vez que apretaban el gatillo, se afanaban en probarlo de forma práctica.

Hace ya quince años que ETA asesinó a Fernando y a Jorge. Aquel enorme mazazo sufrido por sus familias y por quienes les querían pareció, sin embargo, no ser suficiente, porque en esos momentos cruciales en los que, por encima de cualquier otra consideración, hay que manifestar cariño y solidaridad a los que sufren, muchos de nuestros máximos

representantes institucionales se mostraron silenciosos, lejanos, ... incapaces de acompañar a las familias en su tremendo dolor. Para colmo, cuando días después acudimos a la manifestación para clamar contra esta barbaridad, la protesta fue convertida por algunos, mostrando una frialdad que aún hoy espanta, en un acto de afirmaciones personalistas que nunca debió tener lugar. Muchos optamos –desde la vergüenza ajena y con la confianza de que la cordura acabaría encontrando su lugar con el paso del tiempo--, por refugiarnos aquella tarde en las filas de Gesto por la Paz, que jamás perdió, en mi opinión, el norte de sus planteamientos éticos frente a la violencia. Todos sabemos que la historia, por desgracia, no acabó allí, porque desde entonces ha habido, sin embargo, muchas decenas de muertos.

Suspirábamos entonces para que ETA dejase de asesinar y extorsionar. Queríamos que desapareciera de nuestra vida diaria. Si sucede eso, nos decíamos entonces, la sociedad estará en paz. Y eso es lo que ha pasado en estos últimos años, desde que ETA, vencida y derrotada por el estado de derecho, se ha visto obligada a dejar las armas, aunque se niegue a desaparecer y de vez en cuando nos obsequie con comunicados llenos de consideraciones inaguantables y de tópicos cuya lectura no provoca ya ni siquiera reacciones. Pero esto debe ser la paz. Si no lo es, es algo que se le parece bastante. No es, desde luego, la paz que muchos quisiéramos, claro, pero es evidente que se trata de una situación nueva y mucho mejor que la que hemos tenido en los duros años de plomo. Pero ahora, en tiempos de paz, las miradas de unos y otros sobre lo sucedido y sobre la situación actual no coinciden, para qué nos vamos a engañar. Permítanme reflexionar un poco sobre esta cuestión en los minutos que siguen.

1. Vamos a comenzar centrando nuestra atención en la mirada social, la mirada de esa generalidad que llamamos sociedad. La mirada de esas personas con las que nos cruzamos cada día en las esquinas de nuestras calles. Cuando acabe este acto y salgamos por la puerta nuestra mirada se enfrentará de forma instintiva --somos seres sociales--, con la de ellos. Me temo que es la mirada del silencio. Ese silencio aterrado y aterrador que se impuso en los años de las balas, cuando la gente volvía su vista a otra parte, es el que prevalece también hoy día en la mayoría de la sociedad. Durante muchos años la gente que habita este país no ha visto nada, no iba con ellos. Y lo de ahora tampoco va con ellos, tenemos que sacudirnos de encima ese mal recuerdo, ya pasó todo. No nos interesa demasiado lo que quede de aquello. Cuanto antes lo olvidemos mejor, para qué nos vamos a regodear en los malos recuerdos. Es la anestesia de una sociedad medianamente satisfecha. Avergonzada, probablemente, de su propio pasado. Una sociedad que aprendió a callar, calló entonces y calla ahora.

Hay víctimas, es verdad, pero qué le vamos a hacer, no se pueden solucionar todos los problemas de golpe, ya tengo bastante con lo mío. Están también los presos, esos chicos que se equivocaron, y cuya situación conviene arreglar cuanto antes. Pero venga, ya acabó todo, vamos a vivir en paz, no merece la pena que nos martiricemos.

Es el paso de la socialización del sufrimiento a la socialización del olvido. ¿Qué es lo que ha hecho posible que tras una fractura social de esa envergadura tengamos tanto miedo para enfrentarnos con nosotros mismos y con nuestro pasado? Una sociedad silente como la nuestra, en la que aún hay gente, y no son pocos, que pretende justificar lo injustificable, es una sociedad traumatizada, una sociedad que no acepta su enfermedad, una sociedad que debería tratarse para encontrarse consigo misma, una sociedad que debería mostrarse capaz de asumir con franqueza su propio pasado para enfrentarse con garantías a su presente.

2. La mirada de las víctimas es mucho más dolorosa. Es otro tipo de mirada, la segunda de mi lista. Las víctimas tienen en común alguna pérdida irreparable, el sufrimiento de la extorsión en su propia carne, a veces incluso el desconocimiento de las circunstancias y la falta de información sobre los responsables que cometieron u ordenaron la comisión del delito, el recuerdo del miedo a la amenaza, sufrida muchas veces, dependiendo de colectivos, en absoluta soledad y sin ningún apoyo social, como ha sucedido con decenas y decenas de empresarios, por ejemplo, abandonados de la mano de dios y sin que ni policía ni jueces fueran capaces de ayudarles en algo que no fuera aquello de "Espera que llegue la tercera carta, hasta entonces no hay problema, hay muchos como tu". Luego llegaba la

segunda carta. Y luego, si tampoco pagabas, la tercera. Pero nada cambiaba, ni siquiera con la tercera. Total, los empresarios son unos explotadores... Ya sabrán salir.

Los familiares de las víctimas directas, convertidas también en víctimas vivientes, tienen en común eso, un sufrimiento gratuito e incomprensible cuyo origen conocen pero cuya razón ignoran. Tan solo la sensación de que nos ha tocado. También comparten la impresión desagradable y cierta de abandono social, la tremenda soledad a la que han estado relegadas hasta tiempos demasiado recientes, rumiando su dolor, siempre en aislamiento y muchas veces incluso con sensación de culpabilidad. Vosotros, los familiares directos de Fernando y Jorge, compartís al menos eso con las familias de Enrique Cuesta, de Guadalupe Redondo, de José Miguel Palacios, de Benigno García, de Guillermo Quintana, de Eugenio Olaciregui, de Juan Mari Jauregi, de Jaime Arrese y de otros cientos de ciudadanos asesinados. Nombres que muchos nunca han querido retener y que, en cualquier caso, el paso del tiempo va emborronando. También compartís un dolor similar, si no idéntico, con las familias de Lasa y Zabala. No hay víctimas de primer o segundo grado. Solo víctimas. Personas que sufren un daño injusto e incomprensible provocado por mano ajena.

Pero aunque es cierto que la mirada de las víctimas comparte espacios comunes, no se trata en absoluto de una mirada unívoca. Fuera de ese espacio común, hay diferentes percepciones también entre las víctimas: algunas de estas miradas, las que considero más extremas, tienen su origen en la instrumentalización que de esta cuestión se ha alentado de forma irresponsable desde algunos partidos políticos durante demasiados años. La sociedad tiene la obligación de mostrar solidaridad con quienes sufren, de dar su apoyo, de no olvidar lo sucedido, pero no puede convertir ese apoyo en una búsqueda instrumentalización política de corto plazo. Así, el más que entendible dolor de unas familias se acaba traduciendo en la negación total de la posibilidad de reinserción social del delincuente. Pareciera que algunos desean que el delincuente viva más años, porque solo así podrá pasar más años encerrado. Quienes pensamos que la pena de cárcel tiene la doble misión del castigar a quien comete un delito, pero también la de facilitar vías para que pueda volver a insertarse en el engranaje social, no podemos compartir esa visión. Jorge Trías, ex diputado del PP, nos recordaba hace unos días aquella máxima de Concepción Arenal: "Odia el delito y compadece al delincuente".

Quiero subrayar aquí que, por el contrario, la Fundación Buesa, encarnada durante muchos años por Nati Rodríguez, ha sabido mostrar desde el principio una mirada mucho más constructiva y valiente sobre este complejo tema. Y ahora, en tiempos de paz, vuelve a incidir de nuevo en la exigencia de redefinir nuestras relaciones sociales. No se trata de olvidar lo sucedido sino de reivindicar al mismo tiempo y en la práctica la necesidad de no distinguir entre víctimas de primera o de segunda, así como de prestar atención al arrepentimiento mostrado por antiguos delincuentes.

No estoy hablando aquí de principios abstractos: "aquí ha habido mucho sufrimiento", "hay víctimas de un lado y otro", "el conflicto ha generado dolor en todos nosotros", etc. No me refiero a esa búsqueda para partir de cero al que algunos, convertidos ahora a un buenismo imposible e impasible, son tan aficionados. No, esa mirada nada tiene que ver con las personas que están tras la Fundación Fernando Buesa. Se trata más bien de mirar desde esa posición –no buscada-- de víctimas, de mirar y reflexionar sobre los principios éticos y morales en los que se debe fundamentar nuestra convivencia. Al lado del recuerdo de lo sucedido debe renacer con fuerza una visión libre de ataduras, una mirada capaz de elevarse por encima de ese dolor innegable, una mirada que aporte a la sociedad una forma de ver diferente que sea capaz de remover nuestras propias conciencias. No tengo ningún derecho a pedir esto a todas las víctimas, por supuesto, pero sí debo reconocer la aportación de quienes lo han hecho de forma voluntaria.

3. Porque el caso es que debemos convivir también con otra mirada, y es la tercera, que dice que aquí hay un conflicto, que ha producido víctimas en un lado y otro. Se trata de una mirada cínica, inmoral, incapaz de asumir lo que ha sucedido entre nosotros. No contribuye en nada a nuestra convivencia e intenta justificar cada día lo que no puede tener descargo, con el fin de hacer creíble un relato que encaje con su posición y lo exonere de responsabilidad. Por supuesto que hay víctimas de un lado y otro: ETA ha

matado y también lo han hecho los grupos de extrema derecha e incluso los cuerpos policiales. Negar eso es negar otra evidencia. Pero esa es la raya que separa a las víctimas de quienes no lo son. El recurso al "conflicto" que todo lo explica y no explica nada es un subterfugio dialéctico de una pobreza llamativa. Hay, sin embargo, gente que se aferra a ello, utilizando en su batalla diaria todo tipo de vías, privadas o públicas, para defender esta posición. Lo malo no es la vacuidad del argumento, sino la falta de escrúpulos que esa argumentación tan estéril denota. La izquierda patriótica –simbolizada de forma canallesca por esos alcaldes callados como muertos cada vez que caía un concejal-- ha sido incapaz de mirarse con un poco de sentido crítico, ha sido incapaz de reconocer con un poco de valentía el enorme daño causado a la sociedad y ha sido mucho más incapaz, por supuesto, de pedir perdón por haber apoyado de ese modo a unos asesinos. Tienen el síndrome de Peter Pan, se niegan a crecer, y encima pretenden que les comprendamos. Que entendamos que no pueden ir deprisa, como si fueran eternos adolescentes a quienes hay que explicar lo básico de la convivencia. Hablan de víctimas, de víctimas que están en "ambos lados", pero nunca señalarán a los culpables: los militantes de ETA que dispararon y los políticos que les dieron cobijo.

Es una mirada que no tiene remedio, que entorpece de forma radical nuestra propia convivencia, y que plantea dudas sobre el futuro de esta sociedad. En esa mirada arrastran a muchos de sus presos, presentados como mártires de una causa justa. Los arrastran porque de forma terca les niegan información, los han manipulado de forma sistemática y encima les recuerdan que en realidad son unos héroes. Así pasean a veces una chulería insufrible por nuestras calles. La izquierda patriótica se ha forjado un mundo paralelo, cerrado, articulado en torno a una organización asesina, y estructurado con valores propios que la sociedad no comparte. No quiere mirar hacia atrás y aceptar lo que vemos los demás. Mucho menos, por supuesto, pedir perdón. Eso son ya palabras mayores. Pretenden fabricar un relato dulcificado de lo sucedido acorde con lo que han hecho, y manifiestan estar convencidos de que ese mundo ha dejado de matar y apoyar el asesinato porque un buen día así lo decidieron. Un gran paso, así lo llamaban, mientras acusaban al resto de no moverse.

Todo eso tiene un punto de surrealismo, aderezado con el desfile de diferentes personalidades extranjeras que dan testimonio de no se sabe muy bien qué. Esa es una mirada, como digo, que no comparto y que deberíamos denunciar siempre que se presente la ocasión. No podemos caer en la trampa de sus palabras. Porque sus palabras no tienen contenido, solo valen para ocultar el enorme vacío que debe producir haber estado peleando, con todo el armamento, por unas ideas y unas formas de hacer que de repente se ven obligados a admitir que ya no sirven, que hay que hacer lo que hace todo el mundo, presentarse a unas elecciones con un programa, gestionar una administración, etc. Entiendo, pero no justifico, que deban llenar ese vacío afirmando que, en realidad, todos los demás estábamos equivocados.

4. Tengo a veces la impresión de que nuestras autoridades se suman con más o menos entusiasmo a ese terreno de distancias simétricas. Viene bien eso del "conflicto". El gobierno decidió prescindir de los colaboradores de Maixabel Lasa. Estaba en su derecho, por supuesto. Pero en un tema en el que los sentimientos están tan a flor de piel, las víctimas habrían sentido cierta tranquilidad si hubieran visto en esa oficina a alguien con el que al menos pudieran compartir el mismo lenguaje. Pero hoy parece importar el procedimiento, el proceso para conseguir la paz, aunque no se sepa muy bien qué es eso. El procedimiento y la metodología sustituyen al contenido. Desde esas instancias se ha sostenido otra mirada, la mirada aséptica, la mirada del cirujano a quien el ayudante calza los guantes antes de operar. Es la cuarta mirada de mi listado. Los fundamentos de ese plan de paz tan incomprensible quedaron fijados en una maraña de palabras al comienzo de la legislatura y esta acabará, como lo advertimos en su día, sin que se haya avanzado nada. ¿Cómo se puede hablar de un plan de paz en el que no aparecen palabras como "asesinato", "secuestro", "amenaza" o "extorsión"? La sociedad espera de sus responsables claridad de ideas y conceptos, no verborrea confusa. Esa mirada higienizada necesita desinfectante.

5. Hay otra mirada, la quinta, en la que personalmente intento incluirme. Es la mirada crítica con nuestra historia y nuestro pasado. Muchos militantes y votantes de nuestros partidos, muchos observadores sociales, tienen y tenemos esta mirada. Una mirada abierta a la discusión pero firmemente anclada en elementos que no admiten debate alguno, porque son prepartidarios. Existe un suelo mínimo del que no podemos despegar: el asesinato, la extorsión, la amenaza... nunca deben tener cabida en nuestras relaciones. Esos actos, y sus responsables directos e inductores indirectos, deben ser denunciados. Y debemos estar siempre del lado de las víctimas. Quien, de modo directo o indirecto, pone en cuestión esos mínimos está perturbando de forma peligrosa un posicionamiento ético e incluyendo en la bandeja temas que pertenecen a otros ámbitos. Desde esta perspectiva crítica se puede discutir, por supuesto, el tema de la dispersión de los presos, por poner un ejemplo. Pero este tema pertenece, como digo, a otro ámbito radicalmente diferente, no hay derechos humanos en juego. Puede haber, claro está, discusión sobre su oportunidad desde diferentes puntos de vista: desde la propia política penitenciaria hasta el hecho de que, además del preso, no resulta fácil admitir desde una perspectiva democrática que su familia sufra también un castigo adicional. Para que no haya dudas, he manifestado más de una vez que es bueno que se acerque a los presos. Pero entiendo que esta opinión puede ser discutible, de la misma forma que la condena del asesinato jamás debería ser objeto de discusión. El hecho de poner al mismo nivel actuaciones y problemas que pertenecen a ámbitos tan diferentes no hace sino añadir una enorme confusión a nuestra forma de articular la convivencia, para acabar hablando de cosas más etéreas como "conflicto", "metodologías de paz" o "dar nuevos pasos".

6. Hay al menos una sexta mirada sobre la paz que debo recordar aquí. Tiene, para mí, un enorme simbolismo. Es la mirada de Nanclares. Ha habido en nuestro país delincuentes que han asesinado y están cumpliendo condena por ello. Muchos no parecen arrepentirse de nada. Quizás, cuando vean el sinsentido en el que han convertido sus vidas, sí se pregunten en algún momento si ha merecido la pena. Pero callan. Callan porque, entre otras cosas, les resulta más cómodo. Acabarán de cumplir condena y se marcharán en silencio, sin enfrentarse a nadie, para olvidar su propia historia, intentando buscar un hueco anónimo en esa sociedad a la que tanto han atacado.

Otros, ni eso. Están muy satisfechos con lo que han hecho, y una visión absolutamente esquizofrénica de su propia existencia les lleva hacia la nada.

Pero no son los únicos. Hay también presos que se han mirado, han leído su propia historia desde la distancia y han admitido en varias ocasiones, de forma pública, su equivocación en la vida. Han hecho una profunda reflexión y la autocrítica les ha llevado a denunciar la actuación de ETA y sus apoyos. Lo han hecho, además, en reiteradas ocasiones. Son los de la "Vía Nanclares". Esa es otra mirada sobre la paz que da motivos para el optimismo. La sociedad y sus representantes han exigido en numerosas ocasiones a los presos de ETA que reconozcan su error, se arrepientan de lo hecho y pidan perdón. La sociedad ha recordado que será generosa si eso sucede. Pues bien: esto es lo que han hecho varios presos, sin pedir a cambio ningún trato de favor, aunque la respuesta de la sociedad a este cambio radical en su propia forma de concebir la vida ha sido más bien tibia. Y la del gobierno actual en Madrid absolutamente negativa y dañina.

Pensamos desde fuera que se trata de un paso fácil. Pero no lo es: salir de una secta es mucho más difícil que entrar en ella. Han tenido que enfrentarse a sus compañeros. Han tenido que enfrentarse a veces a sus familias. Y, además, sus familias han tenido que enfrentarse a sus propios vecinos. Esa es la dura realidad. Se trata de una realidad sobre la que merece la pena reflexionar un poco. Una sociedad madura desde el punto de vista democrático debería impulsar esta vía con mucha mayor decisión, máxime cuando vemos lo sucedido en otras partes del mundo. Lo ocurrido en Italia, por ejemplo, debería ser objeto de análisis. Por supuesto, está en el derecho de las víctimas huir de todo eso, olvidar para siempre a los asesinos. Pero es deber de la sociedad ocuparse de este cambio profundo que se ha producido en algunos de ellos. Atenderlo y reconocerlo. Se trata de un cambio en absoluto menor, un cambio que invita al optimismo y que debería encontrar eco en todos nosotros. Porque estoy seguro que un planteamiento inteligente del tema haría que muchos presos optaran también por el mismo camino. Impedirlo, olvidarlos en el agujero, es una irresponsabilidad.

He querido romper una lanza, lo he hecho en otras ocasiones, en favor de la vía Nanclares. Lo hago desde una posición crítica pero convencido de que es ese uno de los caminos más fructíferos que podemos apoyar.

Yo no sé si esa actitud va a mitigar de algún modo el dolor de las víctimas. Algunos encuentros restaurativos parecen indicar que sí, pero cada víctima es un mundo. Hoy celebramos, por desgracia, esta nueva conmemoración de aquel atentado vil que se llevó para siempre a Fernando y a Jorge. No sé si este acto tampoco mitiga algo el dolor. Pero es nuestro deber, en momentos como este en el que podemos tener miradas tan distintas sobre la paz, volver a recordar que aquello nunca debió suceder y manifestar en voz alta que, aun cuando podamos diferir en nuestros planteamientos políticos, siempre nos tendréis a vuestro lado, haciendo lo posible para acompañaros y agradecer vuestros esfuerzos para contribuir a la convivencia.

Eta honekin eskerrak eman nahi dizkizuet. Eskerrak hona etorri zareten guztioi, eskerrak Buesa familiari egiten ari den lanagatik, eskerrak izan duzuen pazientziagatik. Ahalengidu naiz hitz gutxitan biltzen nolako modu desberdinak ikusten ditudan gure inguruan gizarteari eta gure buruari behatzeko orduan. Arrazoi asko izaten dira gertatutakoaren zergatia hain modu diferentean bizitzeko, baina ororen gaintetik badira gure jarrera funtsatu behar luketen baztertu ezinezko euskarri batzuk: gure bihotza, gure bizitza, gure nahia, biktimekin dago, haiekin egon behar du; hemen isuri den odolak erantzule batzuk ditu. Bi euskarri horiek onarturik bakarrik joan gaitezke aurrera. Hori ezin dugu ahaztu.

Eskerrik asko